

## **CAMPESINO VERSUS MINERO: Encuentros y desencuentros en una agrocuidad (1850-1930)**

**Matilde Peinado Rodríguez**

**José-Luis Anta Félez**

Universidad de Jaén

[mpeinado@ujaen.es](mailto:mpeinado@ujaen.es)

[jlanta@ujaen.es](mailto:jlanta@ujaen.es)

### **MINING VS. FARMER: And disagreements in a agro-town (1850-1930)**

**Resumen:** Las investigaciones realizadas en términos macroanalíticos en torno a la historia de la minería española contemporánea, así como los que se centran en la descripción de una comunidad minera, como es el caso de Linares, en la provincia de Jaén, han contemplado la Revolución Industrial como el factor desencadenante del renacer, despegue y apogeo de una actividad de orígenes remotos, al tiempo que analizan cómo los vaivenes de la economía europea estaban influenciados por la producción mineral, pero han incidido en menor medida en la comprensión del hecho minero desde la perspectiva comunitaria, en un doble contexto: socioeconómico y cultural. En este marco, uno de los aspectos menos estudiados de la historia industrial minera son las peculiares relaciones entre dos realidades económicas y sociales de naturaleza puramente antagónica, agricultura y minería que, sin embargo, para su mutua existencia, se ven obligadas a mostrarse tan complementarias como independientes, protagonizando una serie de contradicciones a nivel individual, familiar o grupal cuyo análisis y comprensión es determinante para entender las transformaciones sociales que se gestan en este periodo en el imaginario comunitario linarense.

**Abstract:** Researchings made in macro analytic terms around Spanish contemporary miner History, and also that are focused on a miner community, for example in Linares, in the province of Jaén, have considered the Industrial Revolution as the trigger cause of coming back, the breakpoint and the high point of an activity with far away origins, and in the same time, they have analysed how the oscillations of European economy had influenced on the miner productions, but they have affected in a less way in the understanding of the miner fact since the community perspective, in a double context: socioeconomic and cultural. In this framework, one of the least studied aspect in the miner industrial History are the characteristic relationships between two economic and social realities of a antagonistic nature, agriculture and miner that, nevertheless, for their mutual being, are obligated to show as complementary as independent, playing the lead in several contradictions in an individual, familiar and global level which analysis and understanding is decisive to comprehend the social changes that are created in this period in the popular belief stereotypes from Linares people.

**Palabras clave:** Campesino. Minero. identidad local. Emigración. constructo social. Otriedad. Agrocuidad  
Farmer. Miner. Local identity. Migration. Social process. Other. Agro-town

## I.- Introducción.

“Linares desempeña un importante papel en el ámbito provincial y extraprovincial durante la segunda mitad de siglo XIX y primer tercio del siglo XX, periodo en el que aparece como el principal foco urbano e industrial de la provincia”<sup>1</sup>

En torno a este discurso se articula la historiografía contemporánea de esta ciudad, pero como nos recuerda Ruiz Ballesteros (2002:37), los discursos son producidos por personas y grupos situados en una red de relaciones sociales y de poder concretas, una contextualización que contempla la pluralidad y complejidad de un análisis abordado desde la perspectiva social, como nos proponemos en estas líneas. La causalidad y la intencionalidad de los acontecimientos son, indudablemente, dos aspectos fundamentales en la comprensión del hecho social y en este sentido todos las investigaciones realizadas en torno a la historia de la minería en Linares o a la minería española en términos macroanalíticos, han contemplado la Revolución Industrial como el factor desencadenante del renacer, despegue y apogeo de una actividad de orígenes remotos, al tiempo que han analizado cómo los vaivenes de la economía europea estaban influenciados por la producción mineral o que acontecimientos de índole política como la Gran Guerra tuvieron una repercusión inmediata en la producción, demanda de trabajo y salarios, como tendremos ocasión de comentar en la minería jiennense, pero han incidido en menor medida en la comprensión del hecho minero desde la perspectiva comunitaria, donde conviven dos realidades económicas y sociales de naturaleza puramente antagónica, agricultura y minería que, sin embargo, para su mutua existencia, se ven obligadas a mostrarse tan complementarias como independientes.

En Linares, el apogeo del boom minero irrumpió en una población que era, hasta la segunda mitad del siglo XIX, predominantemente agrícola y ganadera, y a partir de este momento ambas economías, agropecuaria y minera, en un intercambio no siempre recíproco, en ocasiones yuxtapuesto y a veces excluyente, conviven y se ramifican desde una realidad multidimensional que debiera contemplar la individualidad, el agricultor-minero o el minero agricultor, la familia, en la diversificación de las fuentes de obtención de recursos, las redes sociales, desde la utilidad que les confiere la lucha por la supervivencia, y la comunidad, en último término, como ente que engloba y asimila el proceso.

El conjunto de creencias y valores sobre los que se fundamentaba la supuesta “identidad local” correspondiente a una sociedad rural, campesina y sociocéntrica, fundamentada en patrones territoriales de pertenencia (García García, 2002: 245), experimenta una profunda catarsis de carácter complejo que ha sido explicada habitualmente, fruto de la propia deformación profesional y epistemológica que nos caracteriza, desde el acotamiento impuesto por el debate cambio-continuidad, remarcando del impacto de la explotación minera en las comunidades campesinas su carácter rupturista; como expone García García (2002: 234) *“las empresas mineras se instalan en el medio social obligando a los pobladores que las habitan a adoptar nuevas formas de organización social y a adaptar las preexistentes a las exigencias de la industrialización”*.

Aspectos como la duplicación de su población en un periodo inferior a quince años, con población eminentemente foránea, así como el progresivo incremento de los activos empleados en la industria minera en una comunidad de tradiciones, saberes y haceres campesinos haría ciertamente temblar algunos de los cimientos sobre los que se asentaba el corpus ideológico comunitario, pero no debemos entender el proceso sólo como confrontación, sería un análisis enormemente simplista; contemplemos el concepto de enriquecimiento, en la medida en que entendemos que se trató de un proceso de adaptación recíproco en un

<sup>1</sup> Saenz Lorite, 1988:18.

contexto socioeconómico donde la revolución agraria liberal y la posterior crisis finisecular del agro ya estaban introduciendo elementos de cambio (aunque calificarlos como “modernizadores” podría ser considerado en determinados ámbitos científicos como un atrevimiento) en el universo “tradicional” comunitario, y en este contexto de crisis debemos también contemplar el perfil cultural y comunitario que define a unos campesinos reconvertidos a mineros o participando de ambas actividades, a los que sólo la exclusión del acceso a la explotación de la tierra o la inestabilidad de los jornales agrícolas avocaron a la actividad minera, siendo partícipes por tanto del mismo imaginario sociocultural campesino, amén de las peculiaridades propias de sus lugares de origen<sup>2</sup>.

Ahora bien, esta última argumentación podría llevarnos a un análisis al más puro estilo marxista que explica a partir de los agentes económicos la realidad social donde la minería sería la estructura y sobre ella se sienta como superestructura una comunidad constituida por un conjunto de familias campesinas obviando las implicaciones sociológicas y antropológicas que el ejercicio de dicha actividad confiere en el discurso comunitario, donde el minero representa la otredad, y desde este espacio que le confiere la diferencia de lo que habitualmente se es y se hace se proyecta una imagen en torno a ser o no minero, de la que participa él mismo, pues la propia identidad se fundamenta en los valores impuestos por la comunidad, y donde convergen estereotipos de diversa índole, pues como afirma Hatch (2004: 156) el sistema cultural predominante define lo que es meritorio y lo que se requiere para alcanzar una vida significativa: la propiedad y explotación de la tierra identifican al oriundo frente al trabajador foráneo, el mantenimiento y transmisión de los valores comunitarios en el seno familiar frente a la inestabilidad social que representa el trabajador de la mina, emigrante y soltero, o la precariedad y dureza de la mina frente a la tranquilidad del campo.

Algunos de los principios esbozados se fundamentan no sólo en la tradición sino en la autoafirmación frente a lo diferente donde ni siquiera se reconocen los considerados los otros, vivenciando una serie de contradicciones a nivel individual, familiar o grupal cuyo análisis y comprensión es determinante para entender las transformaciones sociales que se gestan en este periodo en el imaginario comunitario linarense.

## II.- Contextualización socioeconómica.

“En 1752 la villa de Linares cuenta con 1.276 vecinos. Aproximadamente el 70% de la población activa de Linares es de condición jornalera. Mientras 450 jornaleros, sin distinciones salariales ni diferenciación en las tareas se ocupan del “cultivo de los campos” en la mina de los Arrayanes trabajan unos doscientos hombres”<sup>3</sup>

“Linares, que hasta la segunda mitad del siglo XIX era una población predominantemente agrícola y ganadera, no obstante de las expropiaciones de que fue objeto en el siglo anterior, se vio invadida por una masa inmigratoria a la búsqueda del trabajo en las minas que hizo sextuplicar su número de habitantes en menos de una generación”<sup>4</sup>

Median entre estas dos descripciones escasamente un siglo pero apuntan dos hechos que nos van a servir como punto de partida para fundamentar cómo es determinante el contexto

2 Existía, como expusieron Martínez Soto y Sánchez Picón entre otros (2004) una cultura de la movilidad, pues la gente estaba acostumbrada a desplazarse por unos circuitos en función de las ofertas de trabajo, principalmente ligadas a la tierra. Esta base laboral fue aprovechada por la minería del plomo que encontró en un principio ciertas facilidades a la hora de aprovisionarse de trabajadores.

3 Muñoz Dueñas, 1999: 271.

4 Artillo González, 1987: 191.

socioeconómico comunitario, amén de los factores económicos y políticos de índole nacional e internacional suficientemente estudiados, para entender el auge de la minería linarense en la segunda mitad del siglo XIX y su posterior decadencia en el primer tercio del siglo XX: en primer lugar, es evidente que la actividad extractiva existía en Linares desde siempre, empleando en el siglo XVIII a la nada despreciable cifra de doscientos hombres de la localidad en la mina de Arrayanes, pero aún en la segunda mitad del XIX puede definirse como una población agroganadera siendo a partir de esta fecha cuando incrementa llamativamente su demanda de jornales, en consonancia con la situación de la industria y la minería europea, aunque también, no lo olvidemos, en un contexto de crisis y reconversión de la que había sido y continuaba siendo la base de su economía: la actividad agropecuaria.

En consonancia con el primer factor señalado, la privación del acceso a la propiedad y explotación de la tierra era en el XVIII una realidad significativa, con una población jornalera situada, según las fuentes documentales, en torno a los 450 vecinos. Entender la repercusión de la revolución agraria liberal y la posterior crisis finisecular del terrazgo en el reparto del acceso a la propiedad y, fundamentalmente, explotación de la tierra es fundamental en nuestro discurso, primeramente porque es el sector jornalero el que engrosa las filas del colectivo minero y como segundo aspecto porque creemos que la progresiva consolidación y expansión del olivar en la primera mitad del siglo XX debe ser otro factor a tener en cuenta en el contexto de la decadencia de la minería linarense que se produce en dicho periodo.

La Revolución Agraria Liberal tenía entre sus objetivos la extensión de cultivos a las zonas incultas, para lo cual era necesario lo que llamaban “el perfeccionamiento de la propiedad” a través de un conjunto de medidas legales (supresión de vínculos, mayorazgos...) encaminadas a la implantación de la propiedad privada y, por tanto, la desaparición de los comunales y de la propiedad amortizada, aunque en ningún momento se cuestionó desde el poder la posesión efectiva de la tierra. Facilitaron, en definitiva, el desarrollo y consolidación del capitalismo en la agricultura en consonancia con su expansión en otros sectores productivos, como era el caso de la industria minera.

Son muchas las investigaciones que plantean la existencia de una Andalucía “latifundista”, que estaría enmarcada geográficamente en la Baja Andalucía, pero Linares forma parte de lo que se ha denominado la Andalucía “campesina”, la Alta Andalucía, caracterizada por el multifundismo, donde propiedad colectiva y pequeña explotación conviven gracias entre otros factores a la pluriactividad, una de las estrategias de supervivencia del sector jornalero, pero también de pequeños y medianos cultivadores; los cambios sirvieron para consolidar la presencia de la pequeña producción campesina, en base a un uso intensivo del trabajo, y la existencia de unos mayores beneficios entre medianas y grandes plantaciones que permitieron sobrevivir a una gran masa de trabajadores asalariados: la diversificación de las fuentes de obtención de recursos de jornaleros y pequeños campesinos en aras de garantizar la reproducción de su unidad doméstica es determinante para entender cómo encaja la actividad minera entre los trabajadores de la localidad y de igual modo el origen de los emigrantes que llegan a Linares para trabajar en la mina se fundamenta en la emigración estacional que venía protagonizando el colectivo jornalero en la zona de Andalucía oriental, de hecho, son muchos los jornaleros de la zona de Almería que van a trabajar a las minas de Cartagena-La Unión y Linares-La Carolina.

Los cambios que se producen en la agricultura en la segunda mitad del XIX, por otra parte, no pueden explicarse al margen del proceso evolutivo en el que se ve inmersa la población a lo largo del XIX: a principios de dicha centuria la densidad de población en toda la provincia era relativamente baja pero la ruptura del equilibrio agro-silvo-pastoril y la progresiva orientación eminentemente agrícola de la tierra responde a un incremento generalizado de la población a partir de la segunda mitad del siglo XIX y, consecuentemente, de la demanda de trabajo y productos agrícolas. En el último tercio del siglo XIX la provincia

de Jaén muestra evidencias de crecimiento demográfico en un marco económico aún tradicional.

La evolución planteada está en consonancia con las variables que determinan el crecimiento natural, nacimientos y defunciones. Al considerar como tercer factor en nuestro estudio el movimiento de la población es evidente que Linares se desliga del comportamiento provincial mostrando un crecimiento sin precedentes en su entorno: desde 1846 a 1860 la población se duplica y entre 1846 y 1877 aumenta seis veces su número<sup>5</sup>. En efecto, este despegue poblacional hay que vincularlo indisolublemente con la minería, pero el impacto del tándem minería-emigrantes y las repercusiones económicas, sociales y mentales derivadas del mismo sólo pueden comprenderse desde un contexto caracterizado hasta este momento por el equilibrio entre población y recursos que caracterizaba las relaciones entre demografía y agricultura en la primera mitad del siglo XIX y al mismo tiempo explica dos aspectos: en primer lugar cómo al tratarse de un crecimiento artificial no derivó en una primera fase de una expansión e intensificación de la producción agrícola ni fue consecuencia de la misma y en segundo término explica también la evolución del olivar en esta localidad, en la que debemos distinguir dos periodos directamente relacionados con la historia de la minería: la segunda mitad del siglo XIX, cuya expansión es más tardía que en el resto de los municipios de su entorno, coincidiendo en el tiempo con el auge de la minería linarense y el primer tercio del siglo XX, donde se produce un avance significativo de la producción olivarera paralelo al declive del sector minero. Profundicemos en este aspecto.

Bien entrado el siglo XIX la orientación principal de la agricultura en la provincia de Jaén, como del resto del Estado, era el cereal, orientado a la subsistencia, aunque el olivo a lo largo de dicho siglo se consolida en 94 de los 104 municipios, de la provincia, entre ellos Linares, como segundo cultivo más importante por delante de la vid, tendencia que se afianzaría como consecuencia de la filoxera, siendo éste uno de los motivos que numerosos estudios aducen para relacionar la decadencia de los cultivos tradicionales, en el marco de la crisis agraria finisecular, con la expansión del olivar.

En opinión de Garrido González (2000:148), la expansión del olivar jaenero sigue una cronología en el periodo contemporáneo que podríamos clasificar en dos fases: la primera, previa a nuestro periodo de investigación, se podría dividir a su vez en tres grandes oleadas: durante la primera mitad del siglo XVIII, que afectó a la parte noroeste de la provincia, en las zonas de Andujar, Arjona, Baños de la Encina y Linares; una segunda oleada en la segunda mitad de dicha centuria, por los valles circundantes a Sierra Mágina, así como por las zonas de Huelma, Cambil y Bélmez de la Moraleda y, por fin, una tercera durante el primer tercio del siglo XIX, que extendió el cultivo hacia los aldeaños de las sierras de Cazorla, Jabalcuz (y por tanto Los Villares) y la comarca de Martos, que incluye Torredonjimeno.

La segunda fase tiene como punto de partida las desamortizaciones eclesiástica y civil, que vinieron a reforzar aún más la expansión del olivar, pues muchos de los nuevos propietarios de las tierras desamortizadas plantaron en ellas olivos, siendo un ejemplo paradigmático de dicha expansión la comarca de Martos. El periodo expansivo se corresponde con los años 1858-1880, fecha a partir de la cual experimentarían un estancamiento y ligero retroceso del que no se vislumbran signos de recuperación hasta 1913<sup>6</sup>, cuando tras la crisis agraria finisecular se produce la reconversión del sector, vía mejora de la productividad del factor trabajo así como de la calidad del producto<sup>7</sup>

Es evidente que un proceso de expansión y especialización de estas características requiere una explicación más compleja, donde converjan los cambios de la agricultura jaenera y los factores que determinan la evolución agrícola y demográfica del periodo desde

5 Artillo González, 1987:139.

6 Garrido González, 2000:156.

7 *Ibíd.*:75.

una perspectiva macroanalítica, considerando factores como el desarrollo del capitalismo agrario, la especialización por zonas y la evolución del proceso de agricoltización<sup>8</sup> y el desarrollo de determinados sectores industriales a nivel regional y estatal, así como los cambios jurídicos que se producen en este periodo y que afectan directamente a la titularidad de las tierras, como las desamortizaciones o la privatización de los montes públicos.

Ya desde fines del siglo XVIII, el olivar gana terreno progresivamente a los pastos y las tierras de labor, representando un 18,20% del valor del producto agrícola en toda la provincia, sólo superado por el trigo<sup>9</sup>, siendo desde 1750 cuando este mercado empieza a ser lo suficientemente atractivo para que los pegujaleros planten estacas. Según el *Atlante español*, publicado en 1787, en casi todas las localidades jiennenses se cultivaban algunos olivos, con la excepción de cinco municipios<sup>10</sup>, y a la altura de 1818 ya destacaba la provincia de Jaén como principal productora de aceite, si bien orientado al interior por su mala calidad y la competencia externa. No obstante, aún constituía únicamente el 9,20% de las tierras cultivadas frente al 86% de la superficie destinada al cereal.

A partir de las décadas centrales del siglo XIX se favorecen los plantíos por la liberalización del mercado de la tierra y los altos precios del aceite, dentro de la dinámica seguida por la agricultura andaluza, basada en el aumento de la producción y la especialización productiva, circunstancias a las que viene a sumarse que en el mismo periodo, como expusiera Francisco Zambrana (1987), muchos de los beneficiarios de las desamortizaciones plantaron olivar, motivados por los altos precios del aceite en el mercado y, consecuentemente, por sus posibilidades de comercialización.

En este panorama provincial, caracterizado por el crecimiento constante de la superficie olivarera, cada municipio, en función de su situación económica, poblacional, localización en las rutas de comercialización y producción, demanda del mercado, etc, si bien participa del proceso de expansión y especialización olivarera, experimenta una evolución diferente, como podemos observar en la tabla de la página siguiente, donde Linares se encuentra entre las principales localidades que orientan un porcentaje importante de las tierras desamortizadas en el olivar, siendo también significativas las inversiones en compra de olivares que se realizan en dicho municipio en el tránsito del siglo XVIII al XIX.

Realizada esta apreciación inicial, en términos puramente cuantitativos, vamos a descender al análisis cualitativo: en efecto los porcentajes son claros, podemos calificar a Linares como una importante localidad olivarera en el marco provincial en la primera mitad del siglo XIX. Ahora bien, si tenemos en cuenta el número de habitantes y las dimensiones de su término municipal en relación a otros municipios con porcentajes semejantes o incluso superiores, tales como Baños de la Encina, Arjona o Mancha Real nos damos cuenta de que el crecimiento siendo destacado no muestra aún una especialización productiva absoluta, como tampoco la reflejan en este periodo municipios que en la actualidad están a la cabeza en el monocultivo olivarero a nivel no provincial, sino mundial, como es el caso de Martos, Baeza o Úbeda.

Las investigaciones que hemos realizando en diversas localidades de la provincia nos han permitido, mediante el seguimiento de la distribución de los cultivos y su evolución a lo largo del siglo XIX, establecer una secuencia cronológica en la distribución de los usos agrícolas:

- a. La primera mitad del siglo XIX, donde se parte de la especialización triguera. Nos

---

8 Proceso por el cual se fomenta un modelo de crecimiento agrario basado en la expansión de la actividad agrícola sobre las demás, produciendo la ruptura de los sistemas integrados agrosilvopastoriles y la segregación del uso de la tierra (Martínez Martín, 1995:32).

9 Martínez De Mazas, 1978.

10 Garrido González, 2000:136.

encontramos frente a una comunidad rural, la linarense, cuya economía se basa en una agricultura de subsistencia en proceso de integración a las redes mercantiles, cuyo objetivo era la diversificación de los productos pero fundamentalmente el autoabastecimiento de cereales como producto básico, junto con el vino y el aceite.

b. Un periodo intermedio, que situaríamos aproximadamente entre 1840 y 1880, que se corresponde con la fase de crecimiento del olivo en el que se le asocia con otros cultivos leñosos, habitualmente la vid y de forma mayoritaria en las pequeñas y medianas explotaciones, con el objetivo de rentabilizar las parcelas en el periodo que va desde la plantación de las estacas hasta que el olivo entra en plena producción.

**1. PROPORCIÓN DE LOS OLIVARES SOBRE LAS TIERRAS DESAMORTIZADAS E INVERSIONES EN COMPRA DE OLIVOS TRÁNSITO DEL SIGLO XVIII AL XIX.**

LOCALIDADES	% DE OLIVARES	MILES DE REALES
ALCALÁ LA REAL	12,4	202
ANDUJAR	46,0	1.717
ARJONA	32,3	437
BAEZA	16,2	1.065
BAÑOS DE LA ENCINA	61,1	595
BEDMAR	6,8	14
CAMBIL	19,5	56
CAZORLA	1,0	17
HUELMA	4,5	34
JAÉN	12,3	1.027
LINARES	33,8	471
MANCHA REAL	32,7	540
MARTOS	16,6	314
MENGIBAR	21,6	17
PEGALAJAR	18,1	218
SANTIAGO DE CALATRAVA	45,6	39
SANTIESTEBAN	15,6	76
UBEDA	13,1	593
VILLANUEVA	11,6	118

Fuente: Herr, 1991:649.

Veamos pues cual es la situación del olivar linarense en los años 80 del siglo XIX en comparación con el panorama provincial, tomando como referencia la superficie del olivar por partidas judiciales:

**2. SUPERFICIE DE OLIVAR EN LA PROVINCIA DE JAÉN POR PARTIDAS JUDICIALES. (1886-1890).**

PARTIDAS JUDICIALES	HAS SECANO	HAS REGADÍO	H A S TOTALES
ALCALÁ LA REAL	4.942	3.273	8.215
ANDUJAR	32.757	94	32.851
BAEZA	25.602	124	25.726
LA CAROLINA	25.602	124	25.726
CAZORLA	3.360	830	4.190
HUELMA	3.558	3.199	6.757
JAÉN	10.691	1.226	11.917
LINARES	<b>3.488</b>	<b>0</b>	<b>3.488</b>
MANCHA REAL	5.820	6.318	12.138
MARTOS	23.043	88	23.131
SILES	1.373	1.1192	2.565
UBEDA	12.347	1.906	14.253
VILLACARRILLO	32.820	581	33.401

Fuente: Elaboración propia a partir de Garrido González, 2000:174

Una primera aproximación a los resultados totales evidencia cómo Linares ha experimentado una ralentización muy significativa en el proceso anteriormente descrito, al que sí responden otras partidas judiciales; sírvannos los mismos ejemplos del periodo anterior, Martos con 23.131 hectáreas o Úbeda con 14.253 frente a las exiguas 3.488 hectáreas de Linares, que se encuentra entre las últimas partidas judiciales en cuanto a hectáreas de producción olivarera, contrastando dicha posición con su relevancia en materia económica pues en este periodo es el principal foco urbano e industrial de la provincia.

La conexión entre la evolución del olivar y la minería es palmaria: vivimos el momento de auge de la minería, lo que explicaría no sólo el número de jornales que asume dicho sector, en torno a 4.500 personas en una población de algo más de 15.000 habitantes<sup>11</sup> sino las inversiones y beneficios derivados de las industrias y servicios auxiliares a la misma así como el incremento del sector terciario en respuesta a la demanda de una población en constante crecimiento. Una de las críticas más comúnmente aceptadas en torno a la actividad minera de Linares en el XIX, además de las que comentaremos posteriormente, fue su incapacidad para mejorar la situación económica del conjunto jiennense al ser un sector dependiente del exterior cuya principal aportación al crecimiento de la renta provincial se limitó a ingresar parte de los costes de producción en forma de salarios, impuestos y ciertos gastos generales necesarios para la actividad minera<sup>12</sup>, pero lo cierto es que derivó gran parte de los capitales de la agricultura hacia la minería y su entorno, capitales que en ese momento, en todo el entorno provincial, se invertían en la agricultura, siendo precisamente los grandes contribuyentes los protagonistas, en gran medida, de la progresiva sustitución del cereal por el olivar, una apuesta que quedaba lejos de las pretensiones y beneficios que en este momento podían obtenerse de la explotación minera.

c) Una fase final que comienza con la campaña de 1880 en la que el mercado se paraliza y la demanda descende ante la consecución de la crisis de fin de siglo, al ser sustituido en su uso principal hasta este momento, el industrial, por el petróleo, lo que origina una reconversión del sector optando por mejorar su calidad para readaptarlo a un uso fundamentalmente doméstico, recuperando para ello los plantíos y modernizando las almazaras<sup>13</sup>.

Este proceso de reconversión se produce a finales de siglo XIX, en plena crisis agraria finisecular pero la orientación exportadora del mismo hizo que se recuperara con facilidad de la crisis y suplantara en muchas zonas al trigo, y a la vid, pues la filoxera motivó el arranque de un porcentaje significativo de cepas que fueron sustituidas por estacas de olivar, a lo que se suman otros elementos que facilitan en el siglo XX su consolidación definitiva, cimentada en los beneficios que obtienen los propietarios olivareros: mano de obra abundante y barata, fruto del dinamismo demográfico que, unido a las dificultades de la agricultura andaluza para la adopción de las innovaciones tecnológicas, retardó el proceso de mecanización, así como su perfecta adecuación a la climatología de la zona.

También a finales del siglo XIX comienza el declive de la minería en Linares, para sucederle la zona de la Carolina, donde se empezarán a constituir sociedades mineras para la investigación y puesta en funcionamiento de cotos mineros. Entre las causas del declive suelen considerarse la falta de un mercado propio y la dependencia de Inglaterra, la especulación llevada a cabo sin base económica ni organización técnica, el trabajo de las empresas extranjeras, la infraestructura de comunicaciones inadecuada<sup>14</sup> y las características de la

11 Artillo González, 1987:31.

12 Garrido González; Molina Vega; Moreno Rivilla, 1999: 229.

13 Zambrana Pineda, 1987.

14 De los cinco factores geográficos considerados por Sachs (1997) como influyentes en el desarrollo económico: distancia a los mercados, acceso al comercio marítimo, efectos del clima sobre la salud, productividad agrícola y dotación de recursos naturales, Linares adolecía al menos de tres de ellos, la distancia a los mercados y acceso al comercio marítimo (teniéndose que invertir grandes sumas de dinero en dotar de infraestructuras a la zona) y la productividad agrícola al menos en la misma medida que otras localidades de su entorno, como



mano de obra, barata, poco cualificada y sin alicientes para el trabajo<sup>15</sup>.

He venido argumentando cómo la evolución del olivar linarense, desde las posibilidades que nos ofrece un estudio comparado donde he tomado como laboratorio de análisis al ámbito provincial, está indisolublemente unida al devenir de la minería durante la segunda mitad del siglo XIX. Los contextos espaciales y temporales en los que se suceden acontecimientos relevantes desde el punto de vista socioeconómico, como hemos expuesto, no son ajenos a los sucesos de índole coyuntural, sino que tienen necesariamente que explicarse a través de los mismos, y sólo comprendiendo la estructura reinante, aparentemente inmovilista, pueden entenderse las “grandes transformaciones”.

El declive de la minería responde a unas condicionantes y actuaciones bien perfiladas por la historiografía, pero que vuelven a explicarse de forma descontextualizada, en y desde el sector minero, aunque incida en aspectos sociales, como las condiciones o características de su mano de obra. No se tiene en cuenta que asistimos al declive minero en un proceso simultáneo en tiempo y en espacio con la crisis agraria finisecular. Las respuestas articuladas a nivel estatal y provincial para afrontar dicha crisis y acometer al mismo tiempo una reforma del sector olivarero, como hemos expuesto anteriormente, explicaran durante el primer tercio del siglo XX, y en el marco de Andalucía Oriental, una progresiva especialización olivarera que partirá de la roturación y readaptación de tierras del cereal al olivar, en un proceso paralelo a la creación de un mercado nacional impulsado por la construcción de la red de ferrocarriles de tal suerte que dicho sector comienza un proceso de recuperación y a partir de 1913 genera beneficios.

Coincide, por tanto el declive de la minería, con la decadencia y reconversión del olivar, en los últimos años del siglo XIX, pero podemos apreciar cómo la progresiva y vertiginosa recuperación del mismo se produce en menos de una década, no sólo generando a partir de ese momento beneficios sino mostrándose como un sector en expansión donde reorientar los capitales de aquellos que habían sabido rentabilizar la pujanza de la minería. Al mismo tiempo, se trataba de un cultivo poco mecanizado y con fuerte dependencia de jornales lo que venía a paliar, que no a solucionar, el paro generado por la reducción y ralentización de la actividad extractiva entre los mineros oriundos de la localidad, pues los foráneos optaron en mayor medida por emigrar a la zona de la Carolina o a Levante.

La expansión de la superficie destinada a olivar que otros municipios protagonizaron, como observamos en la segunda tabla, entre 1850 y 1880 la experimenta Linares durante el primer tercio del siglo XX. Dos conclusiones podrían extraerse de este hecho: la más benévola acentuaría la capacidad de reconversión y reorientación de la economía linarense optando por un cultivo que, desde la óptica ambiental era uno de los que mejor se adapta al tipo de suelo y la escasez de precipitaciones, y desde la perspectiva rentabilista era el que presentaba más posibilidades de expansión<sup>16</sup>, aunque yo concluiría de una forma más

---

venimos exponiendo.

15 Artillo González (1987:256). También señala como factores a tener en cuenta la fluctuación de los precios en un momento en que la rentabilidad de los filones era mucho menor y la preocupación del empresario por la obtención de beneficios inmediatos.

16 La Historia Económica se ha centrado en otro tipo de debate más acorde con los contenidos de su disciplina, que pretende establecer si la opción por el monocultivo olivarero en la provincia de Jaén fue la más acertada desde la óptica rentabilista, teoría que mantiene Luis Garrido (2001). En esta misma línea, y en conjunción con las investigaciones recientes elaboradas desde la Historia Agraria, entre las que destacan los trabajos de Bernal en primer lugar, Zambrana o Jiménez Blanco entre otros, se mantiene la tesis de un proceso de modernización lento y constante que rebate el tradicional estancamiento e inmovilismo asociado a la agricultura andaluza que difundieron las tesis regeneracionistas, pues la producción olivarera no sólo se incrementó movida por intereses rentabilistas o productivistas, sino que además sufrió transformaciones tendentes a incrementar tanto su productividad como la calidad de sus caldos, introduciendo para ello innovaciones en el proceso de fabricación, en las almazaras, en el marco del tránsito de la industria de carácter artesanal a la industria moderna. Otras teorías

pesimista que podría ser tildada incluso de determinista, la minería no sólo fue la base de la economía linarense en este periodo, el resto de los sectores eran complementarios y fuertemente dependientes del mismo, de tal forma que ante el declive de la misma se vio avocada irremediabilmente hacia el sector agrícola, pues no olvidemos que la minería irrumpió en una comunidad agropecuaria, pero además, tuvo que hacer un esfuerzo de reconversión de sus usos agrarios tardío y vertiginoso, recordemos que el olivo tarda entre quince y veinte años en entrar en plena producción, en comparación con las localidades de su entorno que ralentizó también la obtención de los beneficios que ofrecía el mercado oleícola.

Comenzábamos esta contextualización relatando cómo en el siglo XVIII existían en la villa más de cuatrocientos vecinos que carecían de acceso a la propiedad y explotación de la tierra. La actividad minera incrementó el número de asalariados al tiempo que enriqueció a una reducida élite municipal<sup>17</sup>, intensificando las diferencias sociales. En el primer tercio del siglo XX, los beneficios obtenidos por los grandes y medianos propietarios y arrendatarios olivareros de una abundante y, consecuentemente, barata mano de obra, contribuyen a incrementar y agravar el proceso de diferenciación social<sup>18</sup>, cimentado en profundas desigualdades latentes en la práctica totalidad de los municipios andaluces desde los albores de la contemporaneidad.

### III.- Ser agricultor y/o minero en el universo comunitario: mitos, estereotipos, realidades.

Como explica Sánchez Fernández (2004) el orden social se funda en una red de lazos sociales que vinculan a los ciudadanos entre sí, pero también en un conjunto de convenciones sociales (los modos de trabajo, la organización de los tiempos, el ordenamiento de los individuos, las rutinas...) que conforman la conducta de los integrantes de una comunidad. Elementos que, en definitiva, garantizan el orden social, la continuidad, pero que sólo son reconocidos como propios, como identitarios cuando necesitan autoafirmarse ante pautas de conducta alternativas o diferentes a lo establecido consuetudinariamente. La comunidad campesina de Linares había convivido desde siempre con la actividad extractiva, de hecho, en el siglo XVIII trabajaban en ella unos doscientos hombres; sin embargo es a partir de la segunda mitad del siglo XIX cuando dicha actividad cuestiona la estructura socioeconómica en dos de sus cimientos fundamentales: a) se presenta como alternativa a la precaria supervivencia de muchas familias campesinas en un contexto de crisis agraria, b) incorpora

---

defienden por el contrario que se debería haber optado por la diversificación agrícola para evitar el riesgo que supone la subordinación de los agricultores a un solo producto sometido a las leyes que establece el mercado.

17 Muñoz Dueñas (1999:274) identifica a estas élites como propietarios nombrados por el Ayuntamiento, planteándose si son hombres nuevos o los de siempre los que invierten capital procedente de la agricultura en el plomo de Linares, y si se trató de una respuesta empresarial al cambio económico o de una práctica arriesgada. Los mayores beneficiados de la minería fueron en gran medida los grandes propietarios y arrendatarios agrarios que invirtieron en un negocio a mi entender no tan arriesgado como pudiera parecer, aunque indudablemente a este grupo se vería incrementado con nuevos miembros, aunque limitados, porque la élite se repliega y cierra sobre sí misma en un magistral juego endogámico y homogámico al mismo tiempo. En cualquier caso la circulación de capitales resultó ser un circuito cerrado, que partió de la agricultura para centrarse posteriormente en la minería y reconvertirse de nuevo, aunque se quedaran en el camino algunas de las fortunas fruto de la coyuntura minera, ahora con el olivar como protagonista, en el primer tercio del siglo XX.

18 Como tuve ocasión de exponer en mi trabajo "Una aproximación al olivar jiennense en la contemporaneidad" (2005:49) desde el punto de vista social no sólo no terminó con la diferenciación que caracterizaba el entramado socioeconómico de los distintos municipios sino que incrementó el número de asalariados y el índice de exclusión social, y tampoco garantizó durante gran parte del siglo XX la subsistencia de los diferentes agregados domésticos, como consecuencia del alto grado de estacionalidad en el empleo que genera el monocultivo olivarero y que se traduce desde los años 60 en una expulsión de parte de los individuos que componen las comunidades cuando la emigración se convierte en la única alternativa que garantiza su supervivencia.

a dicha comunidad un grupo de individuos foráneos con situaciones familiares, laborales, personales, sociales y fundamentalmente comunitarias, en principio, diferentes a las que conocían y vivían.

En 1868, el jornal medio del minero en Linares era de 2, 50 pesetas, mientras que los obreros del campo difícilmente alcanzaban las 2 pesetas de jornal diario<sup>19</sup>, aunque también es cierto que en Linares, como consecuencia de la magnífica coyuntura económica, era más cara la vida en comparación con otros municipios de su propio término municipal, lo que indudablemente afectaba sobremanera a las clases menos pudientes. Entre los años 50 y 80 la percepción que la población tenía sobre la actividad minera, en términos económicos, era ciertamente positiva, no sólo se ganaba más que en el campo, el trabajo era más seguro, pues coincidió con una coyuntura alcista de los precios del plomo, y además permitía incrementar los salarios mediante el trabajo a destajo. Sin embargo, ni siquiera en este periodo podía prescindir la familia de un minero del trabajo de la mayoría de sus miembros. Artillo González (1987: 169, 197) comenta cómo en una familia obrera de cuatro o cinco miembros era casi ineludible que la mujer también trabajase, en la mina<sup>20</sup>, como sirvienta, costurera, lavandera, ama de cría, etc, y que los hijos se pusieran a trabajar cuando alcanzasen los nueve o diez años de edad:

“[...] la vida cotidiana de una familia minera linarense se iniciaba antes del amanecer, cuando el padre se levantaba, se tomaba una taza de café, cogía su talega y el carburo para encaminarse a la mina, unas veces a pie o en caballería propia o a partir de la instalación de la red de tranvías, haciendo uso de ese medio de transporte [...] Le seguían a continuación las hijas mozas, que marchaban a servir a las casas pudientes en toda clase de servicios domésticos, si la madre viuda podía aportar algo a la casa, marchaba también, bien a lavar ropas de la clientela en el Arroyo de la Fuente del Pilar; los hijos varones que no trabajaban en las minas o en los coyunturales campos: recogida de aceituna, escarda, espiguelo [...] pasaban sus horas ocupados en juegos de su edad o vagando de acá para allá”

La precariedad en la lucha por la supervivencia era, por tanto, un umbral compartido por mineros, jornaleros y pequeños campesinos aún en los años más boyantes de la actividad minera, pues la seguridad del sueldo estaba supeditada a numerosas casuísticas como enfermedades o accidentes de los mineros. El ingeniero jefe de minas del distrito de Linares afirmó que no había datos estadísticos para conocer la mortalidad de la clase obrera, pero es evidente que el colectivo que registraba más muertes era el de los industriales mineros. Sin embargo, a comienzos del siglo XX y sobre todo alrededor de la coyuntura de la Primera Guerra Mundial el poder adquisitivo de los mineros llega a ser incluso más bajo que en épocas anteriores:

“Los días que el contratista por cualquier causa dice a algunos de los peones o a todos que no vayan a la mina tampoco cobran, y cuando son despedidos definitivamente y en los periodos de crisis se encuentran meses enteros sin

19 También Martínez Soto y Sánchez Picón (2004:7) afirman que la remuneración minera era superior a la que se obtenía en el campo, aunque la comparación es difícil dadas las diferencias entre ambos tipos de actividad y de organización de la producción, aunque las diferencias no eran muy elevadas y en época de crisis los salarios mineros caían por debajo de los agrícolas.

20 En Linares el colectivo de mujeres y niños que trabajó en la mina no fue significativo en comparación con otras localidades mineras del sudeste español. El año en que más niños trabajaron fue en 1881 y la coyuntura alcista de la 1ª Guerra Mundial, año en el que trabajaron también el número máximo de mujeres empleadas en las minas linarenses, 328.

trabajo, salen por la mañana para ver si algún contratista necesita peones, yendo luego de mina en mina con objeto de ver si pueden ganar si quiera medio jornal trabajando en la superficie por cuenta de las empresas, llegando hasta pedir limosna por las calles o emigrar después de haber dejado en el Monte de Piedad de Linares o en manos de usureros todas sus alhajas y todas sus ropas<sup>21</sup>”.

A esta situación hemos de añadir la repercusión de la Ley de 13 de Marzo de 1900 que prohibía los trabajos de mujeres y niños en el interior de las minas, dos colectivos con presencia moderada en el caso de Linares pero en cualquier caso significativos en la diversificación de las fuentes de obtención de recursos familiares. Comenzábamos afirmando que la percepción en términos económicos que se tenía de la actividad minera en Linares entre 1850 y 1880 era favorable, pues los salarios fueron en este periodo sensiblemente superiores y, aún compartiendo en realidad la misma lucha por la supervivencia que los jornaleros del campo mostraban una mínima capacidad de ahorro; a este ambiente que se respiraba, con todos los matices que después contemplaremos en el análisis ideológico y sociológico, se unía sino la ignorancia o el desconocimiento de las numerosas y terribles consecuencias de la actividad minera en este momento, si un análisis difuso de la realidad al amparo de un boom económico cuya columna de humo se disipó al tiempo que se desató la crisis, enfatizando aún más los efectos nocivos que dicha actividad conllevaba sobre los obreros, las familias y la población en general.

A fines del siglo XIX la población linaresna había vivido más de cuarenta años de apogeo minero, un bagaje que les permitió experimentar e interiorizar la cara más cruda de la mina: los *silicosos* impedidos para trabajar, las pérdidas de audición y de visión, los muertos y accidentados y sobre todo las viudas de mineros, muchas y demasiado jóvenes, luchando por alimentar a sus hijos en el seno de una sociedad patriarcal donde la pérdida del ganador de pan suponía sin duda un descenso en la escala social, y, entre las clases más bajas, traspasar la frágil línea que separaba estrechez y pobreza.

Pero no olvidemos en la cotidianidad del obrero la descripción de su espacio vital y el sentimiento de exclusión generado por su segregación en auténticos suburbios obreros que se instalaron en los arrabales y en núcleos rurales próximos a la población<sup>22</sup>, donde el deterioro de la calidad de vida y de la salud fueron alarmantes<sup>23</sup>, careciendo de las condiciones mínimas de habitabilidad<sup>24</sup>.

Desde el punto de vista sociológico y psicológico el impacto que generó en el seno co-

21 Martínez Soto, 2004:5.

22 Artillo González (1987:224) nombra algunos de ellos: Cantarranas, también llamado sitio de San Juan de Dios, del Pizar, Zarzuela y márgenes del arroyo de Baños y los caminos hacia las minas.

23 Son numerosos los escritos de médicos higienistas que a fines del siglo XIX hacían recomendaciones tan peregrinas y clasistas como la que sigue: “*El minero debe elegir para vivienda una casa amplia, bien ventilada y soleada en paraje, a ser factible, fuera del casco de la ciudad, donde exista arborización abundante; el municipio y las empresas mineras deben procurar el establecimiento de colonias obreras para evitar el hacinamiento, la pestilencia, el cenagal que hoy existe en los barrios de Linares habitadas generalmente por el elemento obrero*”.

La burguesía, al amparo de un discurso de marcado carácter semi-benéfico y paternalista invirtió en viviendas obreras con un objetivo claramente rentabilista: mejorar la esperanza de vida y la calidad de su mano de obra.

24 La transmisión de enfermedades asociadas a la carencia de higiene puede ser una de las causas principales, en conjunción con la carencia de nutrientes básicos del incremento de la mortalidad infantil en Linares, con un 216 por mil en 1860 y 269 por mil en 1897.

Incluso Martínez Carrión (2004:13) ha realizado un estudio sobre la desigualdad en el tamaño y tallas de los que vivían en la ciudad de Cartagena frente a los que habitaban los barracones en el entorno de la minería, evidenciando cómo las malas condiciones de trabajo, medio ambiente y salubridad provocaban una clara inferioridad en éste último grupo.

munitario la degradación física de la ciudad generaría una imagen deformada, excluyente, que colaboraría a enturbiar la convivencia cívica: el convencimiento de que los emigrantes que habían venido a trabajar a la mina eran los responsables del empeoramiento de las condiciones de vida en el pueblo, de las enfermedades, de la violencia y los robos que generaba la pobreza y posteriormente, también de la crisis de la minería. Dicho convencimiento se fundaba en gran medida en que Linares, aún en torno a 1860, no mostraba una clara segregación espacial por clases, siendo frecuente que convivieran en la misma calle ricos y pobres. Este hecho, en una comunidad donde existían, como hemos descrito, un importante colectivo de familias sin acceso a la propiedad y explotación de la tierra, no deja de ser meramente anecdótico, pero es recordado posteriormente en un ejercicio de ingenuidad y recuerdo selectivo, o más bien olvido colectivo y consentido como un elemento identitario frente a lo foráneo: la imagen idílica de un pueblo limpio, de casas habitables, de barrios soleados, donde todos los linarenses, ricos y pobres, convivían en paz y armonía, hoy degradado por la llegada de los emigrantes. Y como el ejercicio de autoengaño no tiene límites, los oriundos son incapaces de reconocerse en esa pobreza, en las enfermedades provocadas por el hambre, en una lucha por la supervivencia compartida; ni siquiera son capaces de reconocerse aunque algunos de ellos acaben viviendo también en estos barrios, compartiendo sus trabajos y ocios, sus aspiraciones, su mercado matrimonial... su espacio vital.

A propósito del matrimonio, como germen de la conformación de la familia patriarcal nuclear sobre la que se asienta el orden social comunitario, reproducción a escala micro el discurso liberal burgués decimonónico, podemos esbozar varias reflexiones: desde el punto de vista demográfico y social, como cabe pensar en buena lógica, la llegada de un gran número de varones solteros al pueblo pudo provocar en los primeros años un desequilibrio a favor del colectivo masculino pero la relevancia de este acontecimiento estriba en las implicaciones ideológicas y mentales de un conjunto de individuos que eran contemplados por la comunidad como elementos disgregadores, socialmente desestructurados, sin referentes familiares, sin raíces, al margen del entramado de pequeñas células familiares unidas por lazos de parentesco, de vecindad, de amistad. Era necesario abandonar ese estado de “ilegalidad” de “automarginalidad” que les confería la comunidad, no sólo por la necesidad, si es que existió dicha necesidad, de sentirse integrados entre el vecindario, también las propias empresas mineras eran partidarias del asentamiento y estabilidad de sus trabajadores, calificativos ambos que se identificaban con la constitución de una familia. ¿Quería el campesino convertirse el minero? ¿Pervivió en este tiempo la figura del campesino-minero o del minero-campesino? ¿Entendió el minero su actividad como una situación coyuntural que le permitiría volver al campo? ¿Se negaba el minero a sí mismo?

Posiblemente se articule en torno a estos interrogantes el fundamento de nuestra trayectoria analítica, donde nos concederemos de nuevo la potestad y el atrevimiento de esbozar algunas conclusiones. Creo poder afirmar, y para ello me remito a las conclusiones ya expuestas por anteriores estudios que la inmensa mayoría de los mineros, al menos en la primera etapa procedían de familias de pequeños campesinos, avocados al trabajo en la mina ante los exiguos patrimonios resultantes del proceso hereditario, no eran por tanto mineros por elección sino por necesidad y por oportunidad, también eran campesinos los emigrantes que vinieron a trabajar en la mina aunque posteriormente se creó un proletariado minero especializado en las minas del plomo que hizo de dicha actividad su *modus* operativo, ligado a las necesidades de la propia explotación de plomo como a las características de las sociedades mineras.

¿Pudieron compatibilizarse las actividades agrarias y mineras? En un principio, como expone Martínez Soto (2004:2), dicho origen dio una impronta agraria al trabajo subterráneo, incluso la ubicación en el campo, fuera de las ciudades facilitaba la ligazón entre ambas actividades, influyendo los ciclos agrarios en la actividad minera, que se reducía en

los momentos de mayor demanda de las tareas del campo<sup>25</sup>, pero la minería del plomo tenía unas exigencias específicas que impedirían progresivamente que los trabajadores pudieran hacer compatibles ambas tareas.

Es difícil analizar las aspiraciones reales del minero que vivió en Linares durante la segunda mitad del siglo XIX, podría rastrearse la información fiscal y la documentación notarial para ver si el capital ahorrado, aunque mínimo en la mayoría de los casos, se invirtió posteriormente en tierras, pero el declive que se vivió en los últimos años terminó en la mayoría de los casos con los ahorros y posiblemente con las ilusiones de muchos de ellos. Otra casuística muy diferente fue la reorientación de capitales mineros hacia el campo, en el primer tercio del siglo XX, aunque en este caso estamos hablando de gestores de capital no del campesino que venimos describiendo.

Hemos introducido un cuestionamiento final donde trascendemos sin duda uno de los aspectos básicos de cualquier investigación, la posibilidad de refrendar y fundamentar nuestra teoría; digamos pues que se trata de un apunte que me sugirió el trabajo de Martínez Soto, cuando comenta que en los padrones de algunas zonas específicamente mineras resulta extraño comprobar que una buena parte señalan como ocupación principal la de jornalero y no la de minero, lo que podría mostrar que aún tenían presente la condición de labrador. Pienso que este hecho no es meramente anecdótico, creo que evidencia en primer lugar, como decía el autor, que se reconocían en la profesión de labrador, no en la de minero. Ciertamente era duro el trabajo del campo, pero en los pozos y las minas:

“se forman charcos con frecuencia, el fango se acumula en las galerías y el agua gotea por las paredes, hay bruscos cambios de temperatura entre el exterior y el interior, en algunos sitios cuesta respirar, la oscuridad dificulta la visión, el ruido es ensordecedor. La ropa y el cuerpo enseguida se recubren de polvo de carbón y sudor”<sup>26</sup>.

Trabajar como minero en Linares era reconocerse entre los que carecían de tierra y de medios propios, entre los que trabajaban por cuenta ajena, entre las familias de desposeídos, definirse como jornalero era la única vinculación que les quedaba, aunque fuera simbólica, con la tierra. No olvidemos que la identidad comunitaria reposó en el ser campesino, en los usos, vivencias y hábitos del campo, haciendo de su pervivencia un ejercicio de autoafirmación y romántica resistencia.

## Bibliografía

ARANGO, Joaquín (Comp.)

1987 *La economía española en el siglo XX: una perspectiva histórica*. Barcelona: Ariel.

ARTILLO GONZÁLEZ, Julio

1987 *La minería de Linares (1860-1923)*. Linares: Diputación Provincial de Jaén.

BOTT, Ed

1990 *Familia y red social*. Madrid: Taurus.

CAMARERO RIOJA, Luis Alfonso.

1997 “Pautas demográficas y espaciales de las transformaciones del medio rural: Ruralidad y agricultura”, en *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*,

<sup>25</sup> Cuenta cómo en la Sierra de Gádor se llegó incluso a implantar por dos años la paralización de las minas en los meses de recolección.

Muñoz Dueñas (1999:273) expone que las categorías mixtas eran bastante frecuentes en la mina de Arrayanes, siendo el trabajo complementario del campo una constante social.

<sup>26</sup> Sánchez González, 2004:67.

- Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- CAÑAS CALLES, A.  
1989 “Situación económica, social y política de la provincia de Jaén durante el periodo de la Restauración y su relación con los movimientos obreros” en *Boletín de la Cámara de Comercio e Industria*, LV:3-15.
- CEJUDO GARCÍA, Eugenio; MAROTO MARTOS, Juan Carlos  
1992 “Cultivos y aprovechamientos agrarios en la provincia de Jaén a finales del siglo XIX” en *Boletín Oficial de la Cámara de Comercio e Industria*, LXXVII: 3-31.
- DOBADO GONZÁLEZ, Rafael  
1999 “Boom minero y localización industrial” en *Economía andaluza e historia industrial. Estudios homenaje a Jordi Nadal*, Salobreña, Colección Flores de Lemus.
- EGEA JIMÉNEZ, Carmen.  
1999 *La población de los municipios de Jaén: evolución en el siglo XX y situación actual*. Jaén: Diputación Provincial. Instituto de Estudios Giennenses.
- COBO DE GUZMAN GODINO, Francisco  
2005 “Imágenes, desechos, espejismos. Las sociedades rurales del olivar y la (re)producción cultural del mercado” en *La cultura del olivo. Ecología, economía y sociedad*, Jaén, Universidad de Jaén.
- GARCÍA GARCÍA, José Luis (Comp.)  
2002 *Los últimos mineros: un estudio antropológico sobre la minería en España*. Madrid: CIS.
- GARRIDO GONZÁLEZ, Luis  
2000 “Historia económica del olivar en la provincia de Jaén hasta el siglo XIX”, en *Observatorio Económico de la Provincia de Jaén*, XLI.  
2001 “Historia económica del olivar en la provincia de Jaén en el siglo XX”, en *Observatorio Económico de la Provincia de Jaén*, LVI.
- GARRIDO GONZÁLEZ, Luis; MOLINA VEGA, Alicia; MORENO RIVILLA, A.  
1999 “La actividad minera en Linares-La Carolina en los siglos XIX y XX: Una historia de ganadores y perdedores” en *Economía andaluza e historia industrial. Estudios homenaje a Jordi Nadal*, Salobreña, Colección Flores de Lemus.
- GONZÁLEZ DE MOLINA, Manuel; GÓMEZ OLIVER, Miguel (Comps.)  
2000 *Historia de Andalucía Contemporánea (nuevos contenidos para su estudio)*. Granada: Junta de Andalucía, Consejería de Educación.
- GUTIÉRREZ GUZMAN, Francisco  
1999 *Las minas de Linares. Apuntes históricos*, Colegio Oficial de Ingenieros Técnicos de Minas de Linares.
- HERNÁNDEZ ARMENTEROS, Salvador.  
1987 “Características fundamentales de la economía jiennense en el primer tercio del XX”, en *Boletín oficial de la Cámara de Comercio e Industria*, XLIV, 3-12.  
1997 “El crecimiento económico de una región atrasada”, Jaén 1850-1930. Tesis doctoral.
- LÓPEZ BURGOS, María Antonia  
2003 “Las zonas mineras españolas a finales del siglo XIX” en *Revista de Estudios Regionales*, LXV, 277-315.
- LÓPEZ CORDERO, Juan Antonio  
1996 *Sociedad y economía en el Jaén isabelino*. Jaén: Diputación provincial.
- MADOZ, Pascual  
1988 *Diccionario Geográfico-Histórico-Estadístico de España y sus posesiones de Ultramar*. Madrid: Editoriales andaluzas unidas.
- MARTÍNEZ CARRIÓN, José María.  
2004 “Estatura, salud, nutrición y calidad de vida en poblaciones mineras del sudeste

- en España. Resultados preliminares” en *VII Congreso de la Asociación de Demografía Histórica*, Granada.
- MARTÍNEZ SOTO, Ángel Pascual.  
2004 “El Beal: análisis de un núcleo minero de la Sierra de Cartagena” en *VII Congreso de la Asociación de Demografía Histórica*, Granada.
- MUÑOZ DUEÑAS, María Dolores  
1999 “Los orígenes de la industrialización jiennense. Linares y la minería del plomo” en *Economía andaluza e historia industrial. Estudios homenaje a Jordi Nadal*, Salobreña, Colección Flores de Lemus.
- PAREJO BARRANCO, Antonio; SÁNCHEZ PICÓN, Andrés (Edits.)  
1999 *Economía andaluza e historia industrial. Estudios homenaje a Jordi Nadal*, Salobreña, Colección Flores de Lemus.
- PEINADO RODRÍGUEZ, Matilde  
2005 “Una aproximación al olivar jiennense en la contemporaneidad” en *La cultura del olivo. Ecología, economía y sociedad*. Jaén: Universidad de Jaén.
- PÉREZ CASTROVIEJO, Pedro  
2004 Niveles de bienestar de la población minera vizcaína. Factores que contribuyeron al descenso de la mortalidad, 1876-1936 en *VII Congreso de la Asociación de Demografía Histórica*, Granada.
- RUIZ BALLESTEROS, Eduardo  
2002 *Minería y poder: antropología política en Riotinto*. Huelva: Diputación Provincial.
- SÁNCHEZ-BATALLA MARTÍNEZ, Carlos  
2000 *La Carolina en el entorno de sus colonias gemelas y antiguas poblaciones de Sierra Morena*. Jaén: Caja Rural.
- SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, Juan Oliver  
2004 *Trabajo, política e ideología en una cuenca minera*. Madrid: Siglo XXI.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel  
1990 *La España de la Restauración. Política, economía, legislación y cultura. (I Coloquio de Historia de España)*. Madrid: Siglo XXI.  
1991 *España entre dos siglos (1875-1931) Continuidad y cambio (VII Coloquio de Historia Contemporánea)*. Madrid: siglo XXI.
- VV. AA.  
1997 *Jaén: pueblos y ciudades: geografía, historia, economía y cultura de nuestros pueblos y ciudades*. Jaén, Diario Jaén.
- VV. AA.  
2002 *Estadísticas del siglo XX en Andalucía*, Sevilla, Instituto de Estadística de Andalucía.
- ZAMBRANA PINEDA, Juan Francisco.  
1987 *Crisis y modernización del olivar español. 1870-1930*. Madrid: MAPA.